

TESTIMONIO

¿CÓMO DEBEN CONMEMORARSE LOS QUINIENTOS AÑOS DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA?

PRESENTO MIS IDEAS en forma de entrevista. Con frecuencia mi mujer y yo nos indignamos cuando leemos en numerosos periódicos, encuestas sobre elecciones, marihuana, disminución de tensiones políticas, etc., porque ningún entrevistador toma jamás en cuenta *nuestra* opinión sobre materia alguna. Demás está decir que tenemos poca confianza en las conclusiones a las que se llega sin nuestra participación. Para evitar ese sesgo en las conclusiones que se obtengan sobre 1992, decidí hacer las preguntas y darles respuesta yo mismo.

Pregunta: ¿Deberíamos conmemorar 1492?

Respuesta: No hay alternativa. Las conmemoraciones y el cariño que se les tiene están de tal manera arraigados en lo que Richard M. Morse llamaría la forma casuística tomista ibérica de ver la vida, que nos sería imposible evitar esos concilios rituales. Los indigenistas atribuirían quizá el extendidísimo afecto por los congresos históricos en (y sobre) América Latina a lo que los antropólogos clasificarían como “complejo de fiesta” o “síndrome del mercado de celebración” al sur del río Bravo. También podríamos explicar el fenómeno a base de la inclinación que los especialistas en América Latina tienen por los viajes —cualesquiera que sean su nacionalidad o filosofía de la historia—, siempre y cuando alguien les pague el pasaje. Si los especialistas en América Latina tuvieran el nervio y el dinero necesarios, pasarían buena parte de su tiempo celebrando algún acontecimiento histórico. Bartolomé de las Casas, por ejemplo —a quien mis lectores esperan que mencione—, recibió mucha atención en 1966 al conmemorarse los cuatrocientos años de su muerte, y en 1974 recibió más atención aún cuando

se celebraron los quinientos años de su nacimiento. Hace tiempo se descubrió en Sevilla un documento que señala 1484 como año de nacimiento, no 1474 como se había dicho, y por eso los especialistas se animaron unos a otros para otra conmemoración en 1984.

P: ¿Por qué está tan seguro de que habrá grandes celebraciones en 1992?

R: Los españoles empezaron a hacer planes ya, hecho notable en sí. Por lo menos se han organizado dos reuniones nacionales —algo así como precongresos— para aclarar políticas y preparar programas concretos. Compare esto con lo que ocurrió en 1892; entonces hubo en Madrid unas cuantas conferencias deshilvanadas, porque nadie se preocupaba mucho por el Nuevo Mundo. En nuestros días, Madrid, Sevilla y Valladolid cuentan con centros muy activos de investigación y enseñanza sobre América Latina, y con historiadores que trabajan de manera individual. Los españoles han desarrollado lo que podríamos denominar infraestructura académica y están listos para despegar, para usar la terminología económica en el desarrollo histórico. Tengo entendido que, de hecho, algunos historiadores españoles preferirían celebrar solos 1992, como si fuera cosa de España.

P: ¿Qué hay de malo en ello?

R: Nada, desde la perspectiva de un español. Pero no hay problema importante en la historia de España en América desde 1492 hasta hoy, en el que alguna investigación básica no haya sido realizada por alguien que no sea español. Sobre Colón, por ejemplo, sería difícil no tomar en cuenta los trabajos de ese venerable almirante de Boston, Samuel Eliot Morison. Y tampoco en la arqueología prehispánica ni la antropología indígena, porque su dominio corresponde también en buena medida a quienes no son españoles. Nadie ha dedicado más atención constante a la cuestión del mestizaje que el sueco Magnus Mörner.

P: ¿Por qué no se encarga de la celebración el Congreso Internacional de Americanistas?

R: Esa es una posibilidad, aunque nadie que haya estado en ese circo de tres pistas puede entusiasmarse con la perspectiva. El Congreso se reúne con demasiada frecuencia —cada dos años— y sus

programas son muy extensos y misceláneos. Sin duda es difícil, quizá imposible, tener reuniones bien organizadas bajo ese sistema, a pesar de que en los cien años que tiene de vida se presentaron en él excelentes monografías. El Congreso debe ser una de las asociaciones internacionales más antiguas; pero sus sesiones han crecido tanto que han adquirido las características de un supermercado, bajo cuya gigantesca cubierta hay para todos, algo similar a las reuniones anuales de la Asociación Histórica Americana. El Congreso de 1976, que tuvo lugar en París, para celebrar sus primeros cien años, fue enorme. Tal vez es ya tan grande y pesado que con el tiempo se inmovilizará, como monstruo prehistórico. Siempre que asisto al Congreso Internacional de Americanistas, no puedo menos que advertir el contraste con el agradable Coloquio Internacional de Estudios Lusobrasileños. Sospecho, además, que algunos historiadores piensan que su papel en el Congreso no ha sido importante; se sienten agobiados por las verdaderas tribus de antropólogos que regularmente concurren.

Lo mismo se puede decir de la Asociación Internacional de Hispanistas, aunque el problema ahí es que los literatos predominan, a pesar de que a veces se esfuerzan por atraer a un historiador a manera de símbolo. En la AIH, el tema por excelencia es España; en el Congreso, América; la mayor parte de los historiadores opinan que tanto España como América deben ser objeto de investigación si se quiere conseguir una historia coherente.

Otro peligro son esos perpetuos entusiastas que están en constante movimiento para probar que alguien llegó a América antes que Colón. ¿Sabe usted que Timothy Severin y cuatro intrépidos exploradores quieren hacer el viaje que se supone hizo San Brendan, nueve siglos antes que Colón, a través de Islandia y Groenlandia? Un aspecto original del viaje es que remarán esas 4 000 millas en un barco de 36 pies que tiene forma de plátano, fabricado con madera y piel; lo construyeron en Crosshaven con material que surtieron firmas británicas con la ayuda de la British Leather Manufacturer's Association, que hace publicidad para el proyecto anunciando: "la piel lo transporta allí".

P: Es difícil complacerlo. ¿Qué me dice del Congreso Internacional de Ciencias Históricas?

R: La ventaja es que sus reuniones están bastante separadas: se hacen cada cinco años. Pero es una institución muy concentrada en Europa, a pesar de que su Congreso de 1975 tuvo por sede

San Francisco, lo que permitió la asistencia de muchos especialistas de Japón, México y Estados Unidos. En congresos anteriores se había notado mucho la ausencia de los latinoamericanos, pero no es sorprendente, ya que el programa pocas veces se elabora para cubrir sus intereses. La República Popular China no envió representantes a San Francisco, algo que fue de lamentar. Posteriormente ha habido indicios de un renovado interés por la historia en China e incluso se ha establecido una sociedad para el estudio de la historia de América Latina que ha publicado su primer boletín en chino.

P: ¿Tiene algo concreto que proponer?

R: Algo, aunque no muy concreto. Espero que las conversaciones sobre cooperación internacional de la conferencia sobre historia de América Latina que organizó la AHA den resultados. Estaban allí algunos de los mejores historiadores de Latinoamérica así como de Europa, Japón y Estados Unidos.

Es absolutamente necesario que la historia de América Latina se estudie desde varios ángulos, y que lo hagan diferentes historiadores —por supuesto, lo mismo debe decirse de toda la historia. La Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia prestó servicios útiles en el pasado, sobre todo cuando Silvio Zavala estuvo al frente, pero se trata de una organización regional del Nuevo Mundo. La Asociación de Historia del Caribe y la nueva de Historiadores Latinoamericanos¹ tienen también funciones concretas, porque es deseable que surjan grupos regionales de diverso tipo.

Los especialistas europeos en América Latina trabajan con entusiasmo; fue sumamente importante el Coloquio sobre Migración a América Latina que tuvo lugar en Colonia en 1975. Se presentaron monografías valiosas sobre este tema olvidado durante mucho tiempo, y la perspectiva era adecuada. Los europeos estudian un tema que les interesa: las consecuencias que esa migración tiene en Europa. Eso es más comprensible y justificable que el hecho de que historiadores no latinoamericanos intenten definir cuáles son “las aspiraciones de las generaciones latinoamericanas actuales” y estudien luego problemas que son “importantes para los conflic-

¹ Véase el informe de esta reunión en *Resumen-Encuentro*, 1974. Véase la bibliografía al final de este artículo.

tos de hoy".² Siempre hubo, y hay, en Estados Unidos, y quizá también en Europa, lo que podría llamarse altruismo agresivo, peligro latente del que los historiadores deberían cuidarse en beneficio de su trabajo.

La diversidad de asociaciones es un medio para alentar el estudio amplio de la historia, siempre que esos grupos no se formen con historiadores que piensen y sientan lo mismo.

P: Perdone la rudeza, pero, ¿no es su actitud ingenua, si tenemos en cuenta la historia del Congreso Internacional de Ciencias Históricas y la política mundial de hoy?

R: No me sorprende su reacción, y, en efecto, quizá soy ingenuo. Pero, ¿imagina usted algo mejor?

P: Perdón, quien pregunta soy yo. Si a partir de las conversaciones de San Francisco se organizara una Comisión Internacional sobre Historia de América Latina, ¿qué haría, exactamente?

R: Me da gusto que pregunte eso. Un trabajo que publiqué hace poco, "American historians in the world today: Responsibilities and opportunities", trata ese tema de manera general.³ Permítame aplicar las sugerencias que allí expongo para la historia de América Latina, en lo que se refiere a fuentes, enseñanza de la historia e intercambio entre historiadores.

P: No sea demasiado prolijo.

² Las frases proceden del brillante, aunque no del todo convincente artículo de MÖRNER, 1973, pp. 84-86. Por ejemplo, Mörner tiene una idea vaga de la historia de la mujer en América Latina, sobre todo cuando tratan el tema especialistas estadounidenses; lo considera tema noble pero de poca importancia para América Latina. Pero un informe de Naciones Unidas (*The New York Times*, 7 de septiembre de 1975) dice que "las mujeres que no leen ni escriben constituyen las dos terceras partes de los 800 millones de analfabetas en el mundo. La mayoría son de países subdesarrollados de Asia, África y América Latina. Aquí y en otros lugares, las costumbres sociales separan a las mujeres de la educación". ¿Acaso no es importante el estudio del papel de la mujer y los cambios que en él se producen, especialmente para los que, como Mörner, se interesan por el subdesarrollo?, o ¿los historiadores que no son latinoamericanos deben rendirse ante la tradición machista simplemente porque los historiadores latinoamericanos no tienen interés en la historia de la mujer?

³ HANKE, 1975, pp. 1-20.

R: Quien se interese en detalles puede consultar el discurso que leí en la AHA; así pues, sólo expondré aquí ideas generales sobre lo que puede hacer una Comisión Internacional sobre Historia de América Latina.

Fuentes

Las fuentes históricas básicas están muy desperdigadas, a menudo mal organizadas, y a veces es difícil utilizarlas por las restricciones que sobre ellas pesan. Además, y como dijo el historiador polaco Tadeuz Lepkowsky en su ponencia de San Francisco en 1975, es necesario atender más materiales que no sean europeos, como fuentes no escritas o las que están en lenguas no europeas. Dijo en su conclusión que estas fuentes más amplias harían posible, de manera sustancial, *una historia más profunda* que puede convertirse en lo que llamó una “fuerza política progresista”.⁴

La última frase ilustra otro problema que puede tratarse internacionalmente: el léxico. ¿Qué quiere decir, en términos precisos, *progresista*? Si los historiadores de Pekín se interesan alguna vez por la historia de América Latina, ¿qué significado darían a la palabra? Más de un ceño se alteraría también en Peoria (Illinois) y quizá en Popayán (Colombia) al oír el término. Si las pláticas internacionales, tuvieran algún sentido para los historiadores, deberían llegar a un acuerdo sobre palabras como “burgués”, “marxista”, “conservador”, y otra verborrea ideológica. M.S. Alperovich, destacado especialista soviético en historia de América Latina, dice que es urgente intercambiar opiniones sobre problemas históricos fundamentales. Si se hiciera ese intercambio, tal vez descubriríamos que no es posible llegar a un acuerdo sobre el léxico. En ese caso, quizá deberíamos desterrar términos empleados por los historiadores profesionales como *progresista*, pero sería más práctico pedir a quien emplee éstos que los defina exactamente cuando los use por primera vez.

Si no hay acuerdo posible sobre léxico, los historiadores tendrán el mismo problema que Alicia en su conversación con Humpty Dumpty, que en el texto de *A través del espejo* de Lewis Carroll se lee como sigue:

- Cuando uso una palabra —dijo Humpty Dumpty en tono algo socarrón— significa exactamente lo que quiero que signifique, nada más ni nada menos.

⁴ LEPKOWSKY, 1975, p. 224.

— Pero el problema —dijo Alicia— es si *puedes* hacer que las palabras signifiquen cosas tan diferentes.

Quizá soy muy sensible sobre este asunto, porque alguna vez se me clasificó entre los representantes de la “historiografía burguesa reaccionaria”, que no merecía otro nombre que el de “apologista del colonialismo español”.⁵

Es imprescindible que en todos los países haya acceso a las fuentes, si queremos que las pláticas internacionales no se empantanen en la interminable defensa de opiniones que no convencerían a nadie. Mi proyecto favorito, a propósito de fuentes, es la cooperación internacional para grabar en micropelícula gran cantidad de manuscritos esenciales, sobre todo en España, y preparar buenos catálogos que sirvan de guía. Los historiadores de cualquier parte del mundo podrían elaborar sus ideas sobre el significado verdadero de *progresista* (o conceptos de otro tipo) con base en una documentación más completa de la que ahora tienen.

Enseñar historia

El tema es extremadamente delicado. No me sorprendería encontrar historiadores tan lentos para analizar de qué manera se enseña historia en sus países, como son lentas las naciones para llegar a un acuerdo sobre armas nucleares y la inspección *in situ* de las mismas. En ninguno de los catorce congresos internacionales sobre historia que hubo hasta ahora se ha prestado mucha atención a la enseñanza de la historia. Salvo en los programas iniciales de la UNESCO, y en los de la Comisión de Historia para los Pueblos Americanos.

Sería conveniente, quizá, comenzar investigaciones sobre la enseñanza de la historia en las que cada país tome su responsabilidad. Por ejemplo, podría pedirse a la Conferencia México-Estados Unidos de historiadores —que cuenta ya con casi treinta años de

⁵ BARTLEY, 1970, p. 60. Véase también ALPEROVICH, 1970, pp. 63-70. Ejemplo actual del uso de palabras como “democrático”, “socialista”, y otros términos cargados de contenido político, puede verse en *América Latina*, núm. 1, en la serie publicada en 1975 por el Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de la URSS. Mórner está también en favor del uso más cuidadoso y menos estrecho de palabras como “liberalismo”, MÓRNER, 1973, p. 88.

existencia y cinco excelentes reuniones— que tome a su cargo la tarea en ambos países, aunque me gustaría que participara en ella un grupo internacional, y no quedara limitada solamente a historiadores de las dos naciones.

Intercambio de historiadores

Tal vez, más que cualquier otro investigador, el historiador necesita moverse en el mundo con tanta libertad como sea posible, para disminuir sus prejuicios. El historiador ayuda a crear imágenes de los hombres, por las que éstos viven y mueren. ¿Cómo queremos que vean con perspectiva adecuada su historia, si no conocen la de otros países?

P: Volvamos a 1992. ¿Cree usted que los planes para el aniversario estarían mejor en manos de la Comisión Internacional que mencionó?

R: ¿Por qué no? Pero que florezcan también cien flores.* España podría hacer lo que guste, y lo mismo otros países. La materia es amplia, y nunca se abarcará completamente.

Ahora bien, para que el mundo llegue a entender en toda su profundidad qué sucedió a Europa, América y otras partes del mundo con la apertura del Nuevo Mundo, se necesita una Comisión Internacional que intuya las dimensiones y complejidad del tema y le haga justicia.

P: Una última duda: esta entrevista, ¿tiene algún valor para nuestra discusión?

R: Empezaba a dudar que lo preguntara. Mi propósito original era hacer algo sobre “La importancia teológica del descubrimiento de América”, tópico seguro y adecuado, porque a todos gusta el tintineo sólido de “teología”, aunque sepan poco del asunto; su sorpresa sería mayúscula si supieran cuántas teologías se han creado en años y en muchas tierras. ¡Vaya! traté el mismo tema en 1975, en ese animado coloquio sobre “Primeras imágenes de América”

* Frase atribuida a Mao Tse-tung, que en una palabra significa “tolerancia” (N. del T.).

que patrocinó el Centro de Estudios Medievales y del Renacimiento de la Universidad de California en Los Ángeles.

Luego pensé analizar una disputa antigua y violenta: de qué manera la realidad de la vida en América bajo el dominio español se relaciona con los centenares de leyes extraordinarias y humanitarias de la madre patria, en especial aquellas pensadas para proteger a los indígenas. Otros temas históricos han ocultado esa conflictiva materia en estos años, pero el problema sigue siendo un tormento para los historiadores, especialmente para los hispanohablantes.

Me parece, también, que algunos historiadores piensan que el tema está pasado de moda. Por lo demás, para tratar adecuadamente esa disputa, se necesitarían muchas páginas, múltiples notas al pie, algo poco adecuado para este ensayo. Y lo lamento porque no puedo usar un dicho parecido a éste: “obedézcase pero no se cumpla”, frase famosa que nadie ha de citar sin aludir, al mismo tiempo, a un ejemplo concreto y documentado de su uso real en América. Si se siguiera este consejo a la letra, sería suficiente para economizar mucho papel y tinta. Encontrará engastada en muchas historias la conseja de cómo los virreyes y otros funcionarios de América, jurando solemnemente obedecer la orden del rey, repetían la conocida frase y procedían luego como les placía. Los que no quieren a España —y en los siglos muchos se le han enfrentado por razones políticas y religiosas— usan la frase sin comprender que el propósito de “obedezco, pero no cumplo” era un recurso, una manera de conseguir cierta flexibilidad en la ley dictada por una autoridad central lejana, para toda la variedad de casos que contenía su gigantesco imperio. Verá que quienes citan esa frase, sin entender, a veces, sus antecedentes históricos, la usan para *probar* que muchas disposiciones de las *leyes de Indias* se “obedecían” hipócritamente y nunca se ponían en práctica. Creo que los gobernantes usaban la frase de manera tan esporádica, que los que quieran citarla tendrán que investigar mucho para topar con un documento que la contenga.

Ahora que estoy dictando la ley, permítame añadir una. Los juristas se entusiasman tanto con los meandros de la ley, que terminan por admirar el sistema que la elabora sin dedicar tiempo suficiente a cómo se la ejecuta. Así pues, mi segunda advertencia es insistir en que todos esos “juristas” se conviertan en verdaderos estudiosos de las leyes, y analicen las circunstancias que prescribieron la ley y los resultados de su ejecución o de su no ejecución. El conjunto de leyes más importante promulgado durante el impe-

rio, las Ordenanzas del virrey Francisco de Toledo, no se han estudiado con ese rigor. Ejemplo claro de la pobreza y aridez del mezquino estudio de la cuestión jurídica es la sección "Los derechos del hombre" en el congreso internacional de San Francisco;⁶ excepción digna es el trabajo de Magnus Mórner, "La corona española y los foráneos en los pueblos indios de América" (Estocolmo, 1970).

Solía decir el historiador inglés Edward S. Freeman, que la historia era política de tiempos pasados. En nuestros días, en ocasiones parece que la historia de América Latina de todas las épocas se considera política actual, y como tal se la escribe. Si mis dos advertencias se tienen en cuenta, el cambio de ideas internacional será algo diferente, sobre todo si hay más acceso a las fuentes.

No debemos olvidar que una cadena de papel mantenía la solidez del imperio. Por suerte para los historiadores, los españoles eran excelentes burócratas que pedían copias por triplicado y hasta por cuadruplicado. Así pues, toneladas de manuscritos de enorme variedad esperan al estudioso del imperio español en América. Pero quizá piense usted que divago.

P: En realidad, sí; concrete algo, si puede.

R: Concluiré pues, con una cita de Charles Boxer: "El estudio holandés J.C. Van Leur observó atinadamente que los europeos dedicados a la historia colonial se inclinan a ver las relaciones de sus antepasados con los asiáticos desde el puente de un navio de la East India, desde las almenas de una fortaleza o desde el balcón de un puesto comercial."⁷

Aunque los especialistas en América Latina no delatemos tanto esa inclinación (quizá manifiesto aquí los prejuicios de mi tribu), ¿acaso podemos decir que la cita no sirva también para nosotros?

Españoles y portugueses desarrollaron en América una sociedad sobre la cual las costumbres, ideas y técnicas europeas ejercieron una influencia que cambió la vida de los que aquí vivían, que alguien calificó como el "cambio cultural más grande de todos los tiempos".⁸ El área gigantesca del imperio —desde California hasta

⁶ Véanse las dos secciones sobre el pensamiento español del siglo xvi, en MOUSNIER, 1975, pp. 20-33; apenas figura allí Las Casas, y Sepúlveda no es mencionado en absoluto.

⁷ BOXER, 1951, pp. VIII-IX.

⁸ SCHOTT, 1960, p. 21.

Patagonia— inevitablemente tenía el sello del ser español y de sus instituciones, en ese siglo XVI durante el cual su poder se extendía a gran parte de Europa. Los cambios ocurridos en los días del virreinato ejercen aún su influencia en muchos lugares de América. Por esa razón, algunos historiadores insisten en la continuidad del colonialismo en los siglos XIX y XX.

A pesar de todo, nunca se ha escrito la historia adecuada de los enormes cambios culturales, económicos y políticos que siguieron a los viajes de Colón. Por ejemplo, el punto de vista indígena sobre esos cambios no se ha estudiado bien, a pesar del encomiable esfuerzo de Miguel León Portilla, John V. Murra, Nathan Wachtel y otros. Aún hoy, pocos historiadores (y de eso también soy culpable) se preocupan por aprender aimará, náhuatl o quechua para aprovechar las escasas fuentes que se conservan en esas lenguas. También la influencia del mundo nuevo sobre el viejo está en pañales, y nos queda mucho por saber sobre la historia de los esclavos negros en América hispánica.

Hoy, más que nunca, se cultiva el estudio de la historia de España en América en muchos países, desde Japón hasta la Unión Soviética, desde Canadá hasta Argentina. *Latin American Research Review* y *Handbook of Latin American Studies* son destacados ejemplos del refinado y amplio interés que hay por el tema. Pero no hay organización que dé seguridad para que las cuestiones fundamentales no padezcan por sesgos nacionalistas, políticos o teóricos. Debería llamarnos a la cordura la manera en que algunos historiadores expresan su particular indignación ante las realidades pasadas y presentes de América Latina. Debe encontrarse un medio para mejorar la cantidad y calidad de las fuentes, y para analizar opiniones sesgadas en el sector más sensible —la enseñanza de la historia— y alentar al movimiento internacional de historiadores de modo que reciban beneficio del contacto vivo con otras culturas.

¿Hay mejor forma de acercarse a esos objetivos de la historia de América Latina que por medio de una Comisión Internacional con bases amplias? Comisiones como éstas presentaron en San Francisco programas para historiadores sobre numerosos temas: bibliografía, Bizancio, historia eclesiástica y militar comparada, demografía, historia económica, Revolución francesa, historia marítima, numismática, prensa, Segunda Guerra Mundial, estudios eslavos, legislatura estatal, universidades. Hay, sin duda, lugar para una Comisión Internacional de Historia de América Latina amplia, que se dedique al estudio de “uno de los más grandiosos movimientos en la historia de la civilización..., la expansión de

Europa”.⁹ La organización de comisión semejante y el desarrollo de un *esprit de corps* profesional entre historiadores de muchos países no será tarea fácil; sí sería excelente manera de conmemorar la historia de los resultados de esos decisivos viajes que pusieron en estrecho contacto a millones de seres humanos, encuentro que cambió para siempre la dirección de los acontecimientos, y cuyas consecuencias nos enfrentan con problemas de tanto interés, complicación y dificultad.

Lewis HANKE

BIBLIOGRAFÍA

ALPEROVICH, Moisei Sancilovich

- 1970 “Soviet Historiography of Latin American Countries”, en *Latin American Research Review*, Austin, University of Texas, v:1, pp. 63-70.

BARTLEY, Russell Howard

- 1970 “On scholarly dialogue: The case of U.S. and Soviet Latinoamericanists”, en *Latin American Research Review*, Austin, University of Texas, v:1, pp. 59-62.

BOXER, Charles Ralph

- 1951 *The Christian Century in Japan, 1549-1650*, California, University of California Press.

HANKE, Lewis

- 1975 “Americans Historians and the World Today: Responsibilities and Oportunities”, en *American Historical Review*, Washington, D.C., vol. 80, núm. 1, pp. 1-20.

HARING, Clarence Henry

- 1963 *The Spanish Empire in America*, Nueva York, Oxford University Press.

LEPKOWSKY, Tadeuz

- 1975 “Historia de América Latina: entre una vía de desarrollo ‘europea’ y una ‘tercermundista’ ”, en *Poland at the 14th. International Congress of Historical Sciences. Studies in Comparative History*, Varsovia, pp. 211-224.

⁹ HARING, 1963, p. 1.

MÖRNER, Magnus

- 1973 "The Study of Latin American History", en *Latin American Research Review*, Austin, University of Texas, VIII:3, pp. 84-86.

MOUSNIER, Roland (ed.)

- 1975 *Les droits de l'homme*, San Francisco, pp. 20-33.

Resumen-Encuentro

- 1974 *Resumen del primer Encuentro de Historiadores Latinoamericanos*, México, El Colegio de México.

SCHOTT, Rüdiger

- 1960 *Consecuencias de la expansión europea para los pueblos de ultramar*, México, El Colegio de México (Jornadas 60).

